

*Segundo Premio Cuento*

# Sentidos

✓ Stephen Dedalus

## 1. Inaudible

Ese día lo llamaron para hacer eso que tanto detestaba. El lugar: uno de los barrios más desfavorecidos de la ciudad. Carlos salió de la oficina, subió a la camioneta de la empresa y se puso en camino. Su trabajo como contratista del acueducto consistía en dos tareas: realizar suspensiones del servicio y hacer reconexiones del mismo. Él prefería lo último, pues la gente siempre lo recibía con una sonrisa en la cara y hasta le ofrecían café u otra cosa para tomar. Por el contrario, cuando se trataba de hacer un corte, las personas intentaban engañarlo mostrándole facturas falsas en las cuales aparecía la deuda saldada; o trataban de sobornarlo, lo cual nunca salía bien porque sus superiores siempre terminaban enterándose; aunque lo usual era que lo llenaran de insultos, le tiraran al perro o se le quedaran viendo de mala manera. Por eso usaba audífonos al momento de hacer esta clase de trabajos. Así se ahorrraba las discusiones y las mentiras. Pero lo cierto es que Carlos era de esas personas que no están dispuestas a escuchar a los demás, y mucho menos a comprenderlas. Por ejemplo, cuando su hijo le confesó que no se sentía hombre sino mujer, él no volvió a dirigirle la palabra aun cuando vivían en la misma casa; o si su esposa le decía los viernes que volviera temprano y no se emborrachara, él hacía todo lo contrario, apareciéndose algunas veces el domingo en la madrugada.

Al llegar donde debía hacer la suspensión, Carlos necesitó golpear varias veces la puerta para ser atendido por un hombre desaliñado. Luego de explicarle por qué estaba ahí, se puso los audífonos al oír cómo el otro comenzaba a decirle que no lo hiciera o tendrían problemas. Mientras nuestro contratista revisaba el contador, el sujeto eliminó de un grito todas las miradas inoportunas de los balcones y las ventanas. Aprovechando que ya no había nadie observándolo, se levantó la camisa y desenfundó un revolver. Carlos no escuchó el grito ni las amenazas. Ni siquiera se dio cuenta del arma o de las palabras del otro: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ocho... nueve... Tampoco escuchó el disparo.

## 2. Invisible

Todos en el salón lo supieron antes que yo. Cuando caí en la cuenta, me negué a decírselos no por el qué dirán, sino por darles la razón. Aun así, no podía seguir ocultándome. Interrumpiendo la clase de religión, me paré sobre mi puesto y se los grité a todos: «Sí, soy marica, ¿y qué?». Estaba equivocada. No era un hombre al que le gustaran otros hombres, sino una mujer hecha y derecha. Lo importante era que ya había dado el primer paso. Desde entonces, nadie en el colegio se volvió a juntar conmigo. A los hombres les daba asco y a las mujeres les parecía insoportable. La noticia no llegó a mi casa sino meses después, cuando ya estaba someténdome a un proceso hormonal. Por eso la cosa fue distinta: «Sí, soy una mujer, ¿y qué?». Mi mamá dijo que me apoyaría, pero que el tiempo todo lo curaba; mi papá no volvió a dirigirme la palabra nunca más.

El tiempo pasó, y en vez de curarme comencé a usar vestidos. Algunos vecinos me saludaban con la boca temblando por la risa contenida; otros me volteaban la cara cuando les pasaba cerca; y otros más me escupían piropos inmundos. Esas cosas nunca me lastimaron. Lo que sí me dolía era que nadie pudiera verme como una mujer, ni siquiera los hombres con los que había estado: tipos mayores de vidas solitarias, jóvenes abandonados por sus novias y cansados de tanto masturbarse, o algún que otro curioso, al cual le entregaba mi cuerpo para no volverlo a ver en la vida. Así fue hasta ayer, cuando conocí a Armando. Luego de tropezarnos saliendo de una estación, me miró como ningún hombre me había mirado. En lugar de ir al colegio, me quedé con él en la banca de un parque. Hablamos hasta la noche, cuando era obvio que ya no estábamos para las palabras. En un motel descubrí que nadie me había hecho el amor antes. Pero lo mejor vino después. Todavía abrazados, nos despedimos con la promesa de encontrarnos al día siguiente para comenzar una vida juntos.

Y aquí estoy, vestida y alborotada esperándolo con mis maletas. Yo sé que le gusté y por eso va a venir, pero y si no... En todo caso, no voy a volver a mi casa. Estoy cansada de ser nadie.

### 3. Intangible

Me dedico a pedir en los buses para conseguir el sustento diario. Dios sabe que siempre fui honesto, y si estoy aquí es porque no me reciben en ningún lado. Antes, cuando mandaba hojas de vida y me hacían la entrevista, el jefe me preguntaba: «¿y usted qué tiene? ¿Por qué se ve así?». Y claro, me tocaba decirle: «patrón, lo que pasa es que tengo SIDA». Hasta ahí me llegaba la esperanza del trabajito. No podía mentirles tampoco, porque si lo hacía me pedían un examen médico. Aunque, bueno, yo sigo aquí ganándome la vida.

Ahora que estoy tan solo, recuerdo que tuve la oportunidad de vivir con alguien. Fue en otra ciudad, donde me dedicaba a lo mismo. Al igual que acá, allá me subía a los buses y comenzaba. «Soy una persona que tiene VIH. El gobierno me ayuda con el tratamiento pero no con la comida. Colabórenme con una ayudita, por favor». Era no más decir eso para que la gente se abriera. El que me daba una moneda, lo hacía agarrándola con la punta de los dedos para no tocarme las manos, o me la tiraba para que yo la agarrara en el aire. En una de esas, me tropecé con una travesti saliendo de la estación. Pero era una travesti bonita. De una me preguntó el nombre. Armando, le dije, porque así me llamo. Y nos fuimos a un parque a hablar. Gracias a Dios no me preguntó si estaba enfermo. Después, cuando ya era de noche, se me insinuó. Yo no había estado con alguien desde que me contagiaron por allá en un prostíbulo. Con decirle que hasta las vagabundas se me negaban al verme, así tuviera la plata en la mano. En cambio la travesti pagó el motel y todo. Yo lo dudaba, créala. No porque ella fuera quien fuera, sino porque me daba pesar hacerle la maldad. Entonces le dije que compráramos un condón. «No pasa nada, quiero sentirte», me dijo. ¿Qué podía hacer ahí? La pasamos bueno y le dije que nos fuéramos a vivir juntos. Aunque ya regresando para mi piecita me dio miedo a que me rechazara también. Por eso me fui. No pude decirle la verdad, y me arrepiento porque en el fondo me hubiera gustado estar con ella ahora. Yo creo que por haber hecho eso me merezco la vida que tengo.

#### 4. Insípido

—Casi te salvás, pues. Es hasta chistoso que justo te llegaran a cortar el agua. Pero, ¿sabés qué hice? Le pegué un pepazo, cogí las llaves de la camioneta en la que venía y lo entré. En el baño le quité el uniforme para lavarle las manchas de sangre. A penas estuvo seco, lo desarrugué y me lo puse. Luego saqué el cuerpo y lo metí a la maleta. ¿No te imaginás qué hice después?

*Era muy tarde y su esposo no había regresado. Por eso Marta marcó al acueducto donde trabajaba Carlos. Un amigo de él le comunicó que no lo habían visto desde la mañana; y resultaba extraño porque la camioneta que le habían asignado estaba en las instalaciones. Al otro día la llamaron de vuelta para informarle la presencia de sangre en el maletero.*

—Sí, eso fue lo que hice. Llevé esa camioneta hasta el acueducto. Allá me preguntaron por el carné, dizque porque no se acordaban de mí; pero me dejaron entrar cuando les dije que era nuevo y todavía no me lo habían dado. Adentro hay un edificio, donde me imagino que están las oficinas; y también hay un llano grandísimo lleno de tanques con agua. ¿Ya sabés qué hice?

*Al acueducto llegaron dos policías. Cuando estaban revisando la camioneta, vieron un rastro de sangre que subía por unas escaleras. Ambos lo siguieron hasta llegar a la cima de un tanque donde era tratada el agua. Ahí descubrieron el cuerpo de Carlos flotando en la superficie líquida.*

—Después salí sin la camioneta, para no levantar más sospechas. Esperame voy por un vaso de agua. ¿Sabrá a muerto? No, mirá, no sabe a nada. ¿Tenés sed? Bueno, qué importa. Ya está todo listo. Entonces sigamos con lo nuestro. La verdad es que ya estoy cansado de vos. Lo mejor sería acabar hoy, ¿no?

*Los oficiales averiguaron la última dirección que el acueducto le había asignado a Carlos. Cuando llegaron a la propiedad, forzaron la puerta porque nadie abrió. Adentro descubrieron un segundo cuerpo. Se trataba de alguien a quien habían sumergido en una tina con agua hasta la muerte. Al ser interrogados, los vecinos no dieron testimonios importantes.*

## 5. Inodoro

Quería ser escritor, pero nací en la miseria. Hay pobres que no sufren porque aspiran a cosas pequeñas, inmediatas, y la vida no les duele tanto; hay otros que aspiramos a mucho, y vivimos con la esperanza de salir algún día de nuestros destinos miserables. Y cuando el tiempo pasa y no hemos logrado nada, cuando el sol de cada día nos revela más insignificantes, dejamos de soñar por voluntad propia, porque soñar duele.

Recuerdo que escribía todos los días, aunque no era fácil. Vivía en una casa a punto de caerse con una madre enferma y delirante. Ahora me veo a mí mismo siendo despedido de todos los trabajos conseguidos. La razón: abandonar el puesto cuando algún vecino gritaba que mi mamá estaba convulsionando. Como nunca estuvo claro qué tenía ni cómo se trataba, aprendí a cuidarla yo mismo mientras me ocupaba de los gastos. Por eso no tuve más remedio cuando elegí esa profesión. Necesitaba ganar en una noche lo que en otras partes haría en un día. Contrario a mis pensamientos, la escritura no pudo salvarme.

Con una flor detrás de la oreja, vacilaba por las calles hasta ser recogido por una camioneta, un taxi o una moto. Para distraer la mente, recordaba mis poemas favoritos mientras todo ocurría. Luego, aunque volviera oliendo a sudor, esperma, lubricante y látex, el olor de los pétalos lograba devolverme la esperanza. Sin embargo, con el tiempo perdí en todos los concursos y fui ignorado en todos los recitales. Entonces las flores perdieron su olor y nunca más volví a escribir. Después de eso, mamá quedó en coma al golpearse la cabeza tras convulsionar. Para que la ingresaran a cuidados intensivos, no tuve más opción que pedir un préstamo al más pudiente, sádico y peligroso de mis clientes. A él no sólo le di la casa y mi cuerpo como garantía, sino mi vida.

Atrapado en estas paredes que ya no son más, sin más poemas para recordar y mientras espero la muerte a manos de un verdugo que me ha humillado de todas las formas, viene a mi memoria la noche en que mamá moría en una clínica preguntándome si aún escribía.